

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Agosto de 1897

Número 33

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil,
Victor Ferrer Festi,
Carlos Martínez Vigil,
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 26 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña	0.60
En el exterior	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Biblioteca Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Artisanario"—Joya Literaria, de Cuspigera, Teja y C.ª

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, N.º 219

NUMARIO.—El maestro, por Daniel Granada—Aspasia, por Pedro M. Noya—El sercello, por Leopoldo Lugones—Las estafetas de San Juan, por Víctor Vidales—Presentación, por Víctor Arregui—El poeta de los cerros, por Víctor Arregui—El poeta de los cerros, por José Enrique Rodó—Bastida, por Andrés A. Maza—Acuarera, por Emilio Berioy—Cuentos de un viajante, por Pedro G. de la Cruz—El alfiler, por José M. Barreto—El Zai—Del poema épico de los celticos, por Abraham Lopez-Ferns—Falsos de oro, por Gonzalo Larrea—El cuento de Ananías, por Luis A. Thielmeier—Discurso administrativo, por el Sr. Alberto Garó y Sanjón—Fecundación, por el Sr. José Salgado.

EL MESTIZO

SUMARIO.—La codicia del conquistador de América y la codicia de nuestros contemporáneos.—Las mujeres guaraníes.—Cunañada del guaraní con el español.—El paraiso de Mahoma.—Anatema de Centenera contra la cunañada del español y el indio.—Las morenchas del Uruguay ríflen con D. Angel Floro Costa y D. Juan Zorrilla de San Martín.—Mestizos del Río de la Plata y del Perú.—Alzamiento de mestizos contra España.—El tratamiento de heruanza, pariente, cunaño, Ho, primo, suegros, entre cristianos e indios.—Vaticinio de un conquistador.

— ¡Qué pintorescas las comarcas que vienen sus aguas en los caudalosos tributarios del Plata! A los ojos de los conquistadores eran deliciosas. Miraban éstos la hermosura de la naturaleza más apasionadamente que nuestros contemporáneos, quienes, por grande santidad que aparenten, son capaces de darle quinze y falta en punto a insensibilidad y codicia. Han a sido civilizadores y modernos apostates civilizadores de los heroes que los deslumbran con el vino resplandor de sus hechos gloriosos, un momento sordido, un no disminuido horror a las

incomodidades y peligros, el anhelo, en suma, de adquirir mucho dinero con poco ó ningún trabajo, ni otro sacrificio que la conciencia.

Las mujeres indianas pocas gracias naturales debieron al cielo; pero esas pocas gracias, más cumplidamente que ningunas otras mujeres indianas, reuníanlas ciertamente las paraguayas.

Los españoles, que jamás escrupulizaron en mezclar su sangre generosa con la sangre de las razas conquistadas, iban a desdesharlas!

Los indios del Paraguay, que componían diversas parcialidades de la celebrada estirpe guaraní, llamaban *cunaños* (1) a los españoles que los conquistaron, a quienes liberal y placenteramente concedían sus hijas, cuya prole más de una vez mereció ser legitimada; por rescripto del príncipe en consideración a eminentes servicios prestados a la corona por famosos capitanes que, cediendo la frente con el laurel de los heroes, solicitaron esa merced, movidos del tierno afecto de la paternidad que inspira en el hombre la franca naturaleza. (2)

¿Cómo se complace el criollo Ruidiz de Guzmán (nieto del conquistador Irala, que escribió en el año de 1612 la historia de la conquista y población del Río de la Plata y Paraguay) en poner de resalto el considerable incremento de la generación mestiza; la policía y buena doctrina en criar estos precitados vástagos de antigua nobleza, su esforzado ánimo y destreza en las armas y en el cabalgar á la brida y á la jineta, así como la honra que los monarcas tenían á bien dispensarles, encombrándolos encomenderos é invistiéndolos con los cargos más importantes y honoríficos de la república.

La ciudad de la Asunción, ciudad ilustre á par de las más ilustres de América, llegó á ser comparada entonces con el *Paraiso de Mahoma*, así por sus dones naturales, como por la gentileza de sus mujeres. El arcediano Barco Centenera escamoteaba de tanta delicia y regalo. Oigamosle.

(1) *Cunaños*, dice la ley 8.ª, tit. 7.º, Partida 4.ª, es alleganza de personas que están del apuntamiento del varón y de la mujer, sean ó no casados, y mediante la cual de ellas se hacen hijos del varón, y viceversa.

(2) Juan de Salazar, que había hecho proceso en la cruda batalla de Lombardé cerca de la Asunción del Paraguay, y que medio derribado por una srocra resaca de algunos soldados salió en busca de un formidable enemigo que arribaba á él de su lado, un español habiéndose acompañado de un indio, y apartándose de los que quedaban con él, se volvió á la postura de un indio, y se le vio en el momento que se iba á dar un golpe de espada en la cabeza de uno de los españoles que quedaban con él.

El guaraní se huega en gran manera de verse emparentar con los cristianos: A cada cual le dan su compañera. Los padres y parientes más cercanos.

¡Oh lástima de ver muy lastimera Que de aquestos maneobos los hermanos A todos los que están amaneobados Los llaman hoy en día sus *cunaños*!

¿Quién le hubiera dicho al austero censor de las costumbres de los primitivos pobladores de aquellas comarcas, que la creciente cunañada que tanto le desazonaba había de ser uno de los factores componentes de la nacionalidad, que, hoy políticamente fraccionada, se extiende largamente del Paraguay al Plata!

Por lo general es sangre de generaciones guaraníes la que corre hoy por las venas de la gente mestiza. La raza peruana, dejó alguna en las provincias arribeñas del norte. La de los araucanos y pampas en Buenos Aires y provincias circunvecinas, así como la de charrúas en el Uruguay, muy poco ha podido mezclarse. La de guaraníes, raza muy extendida en ambas márgenes de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, mezclóse fácilmente; porque los guaraníes (salvo algunas parcialidades, como los tupes del alto Uruguay y los guaiturúes del Chaco, muy feroces) fueron más comunicables, menos indolentes á la voz de la persuasión de los misioneros y á la de mando de los conquistadores. En el Paraguay ha quedado bien visible el tipo de la raza guaraní y hasta la lengua. En Corrientes también habla guaraní entremezclado con castellano el vulgo.

La masa de la población nativa de la Argentina es mestiza (1). Lo propio sucede en el Paraguay y aun en el Uruguay. En el Uruguay no es tan crecido el número de mestizos como en la Argentina; pero en el norte y en el centro del país especialmente abundan. La mitad próximamente de los indios de las Misiones, comúnmente llamados *topes*, desertaron de ellas después de la expulsión de los jesuitas, cuyo celo y eficiencia no supieron imitar sus sucesores (autoridades civiles), y fueron á poblar las desiertas campañas del Uruguay. (2)

— Las *morenchas* (triguicintas) del Uruguay no perdonaron nunca á sus palanqueros don Angel Floro Costa y don Juan Zorrilla de San Martín que hubieran querido hacer crecer á los amos de las haciendas que la gente de color se había casado con, lo que pacifica sus ánimos comarcas.

Los primitivos pobladores formaron su hogar con las mujeres de los indios; de lo que, a la larga, hubo de resultar que, a favor de otras concuencias nativas ó peculiares del país, se modificase no poco la idole del español, sin degenerar por eso de sus características excepcionales, acabando por formar necesariamente una especie de *criollo*, según se expresa un historiador argentino de autoridad en la materia. (1) Lo dicho ha de entenderse de la masa de la población campesite; pues en las ciudades predomina la gente blanca de tal manera, que rara es la persona en que se adviertan señales de raza aborigen de América. Las ciudades populosas, como Buenos Aires y Montevideo, tienen, menos de nacional que los pueblos no comerciales de tierras adentro y de ríos arriba, donde han hallado difícil cabida, ó han sido miradas con ciertos desvelos las novedades forasteras. Con todo, la generación mestiza, aunque tan numerosa en el campo, parece ir disminuyendo a proporción de la blanca ó casi blanca, por la constante afluencia de inmigrantes europeos. Azara infiere, tratando de esto mismo el siglo pasado ó á principios del actual, es decir, cuando la inmigración no era aún conocida, que no sólo se mejoran las especies con las mezclas, sino también que la europea es más inalterable que la india; pues ésta desaparece a la larga, prevaleciendo aquí la con ventaja. (2)

Los pobladores del Paraguay y del Río de la Plata no miraron nunca con menosprecio á los mestizos, que desde luego alternaron con ellos, ni los mestizos pensaron tampoco que su condición debiera hacerlos avergonzar ante los blancos. La gente desvañecida de Méjico, del Perú, de Chile, á favor de preocupaciones comunes y generales en todos tiempos y países, pudo haber tenido escrúpulos al respecto. El Incá Garcilaso, famoso historiador natural del Cuzco, reprende que los suyos tomasen por

menosprecio que les diesen nombres de mestizos, con el cual él sabía honrarse, llamándose mestizo á boca llena. (3) Mas nunca graduóse de infame al mestizo por sólo serlo. Un erudito escritor chileno entiende que los mestizos, junto con los zumbos, mulatos y negros, formaban una especie de raza malidita, viniendo á ser los *infanzones*, los *reprobos* de la sociedad americana de la época colonial. (4) Que no merecieran consideración social el común de los mestizos, por ser generalmente ilegítimos y viciosos y que aun sin estos defectos se les mirase con algún menosprecio ó disimulada prevención, como hoy mismo sucede, está de más decirlo. Pero que al mestizo culto, de legítimo matrimonio y buenas costumbres, se le tuviese por reprobado por infame y oírlo de raza malidita, no se lo tuvo, constituyéndolo sus dotes, por ciudadano capaz de optar á cualesquiera honras y oficios de la república. (5)

Era tanta la influencia de los mestizos, que, merced á ella, tramaron los de Santa Fe, en la Argentina, una atrevida revolución, que tenía por objeto nada menos que emanciparse de la metrópoli, atrayendo á su partido, para el mejor y más seguro éxito de la empresa, á Córdoba, Buenos Aires, recientemente fundada por Juan de Garay (1580), y la Asunción. El primer acto del gobierno provisorio que instalaron, fué decretar la expulsión de todos los españoles europeos; con sus mujeres y muebles; porque decían pertenecerle á ellos (á los criollos) la posesión de la tierra; por derecho de conquista. Surgieron luego desavenencias entre el gobernador revolucionario, ó teniente general Cristóbal de Arévalo, y el maestro de campo Lázaro de Venialvo, cuyo resultado fué que, desbaratada la empresa, perecieron lastimosamente en la horca algunos apreciables sujetos, nobles, bien quisitos, valerosos soldados (6).

Esos vínculos de sangre que la vida de la naturaleza establecía entre los españoles y los indios, fueron causa de que se generalizase más y más y echase mayores raíces en la tierra de América que en el suelo de España el antiguo tratamiento de *hermano y cuidado*, etc., que por espíritu cristiano ó por razones de afinidad se daban los hombres entre sí. Actualmente el paisano hace muy frecuente uso de este tratamiento, llamando *pariente, cuidado, hermano*, á personas con quienes no le liga ningún vínculo de parentesco. Las expresiones *cuidado y pariente* encierran una malicia, que no queda sin condigna respuesta por parte del sujeto en quien descansa la maligna intención de interpretarlo

te, que sin duda se promete merecer una sonrisa de alguna hermana ó hermana del amigo á quien se dirige.

Los indios, así domésticos como salvajes (tapes, chaqueños, charrias ó pampas), han seguido la misma práctica que usa hoy el paisano. Ora en conversación familiar, ora en los trances más solemnes, no dejan de observarla para sus fines. El pampa derribado de su corcel, en viendo enredrada á su pecho la sangrienta lanza del cristiano, intenta en vano moverla á misericordia con la siguiente plegaria: *¡no matado hermano!* Cultivara, el Tamarian de la Pampa, daba á todos aquellos á quienes quería manifestar complacencia el tratamiento de *hermano, pariente, cuidado, tío, primo* ó *suegro*, según las circunstancias. (7) Por este motivo venían á estar emparentados con él, mediante un acto de su voluntad imperiosa, todas las indias de la Pampa, que le rendían obediencia y lo proclamaban su padre y redentor, considerándole adormido de cualidades y dones semidivinos.

El indio salvaje aborreció de muerte al hombre civilizado. Hubo generaciones indomables: el araucano en Chile, el pampa en la costa austral del río de la Plata, el charria en el Uruguay, lo fueron más que ninguna. Pañá el indio indómito, el hombre civilizado fué siempre un extranjero, un usurpador de sus tierras, y llamóle *cristiano* (que esta palabra envolvió en América la idea de civilización).

Del propio modo el argentino y chileno, hasta nuestros días, se titularon *cristianos* con respecto al *indio*, como en los primeros tiempos de la conquista. Así el indio aborreció de muerte al cristiano, ya fuese blanco ó mestizo, nacido en Europa ó en América. Y el mestizo maltrató al indio lo más que pudo. Las leyes de Indias prohibieron dar protectorías de indios á los mestizos, ni que bajo pretexto alguno viviese mestizo en pueblos de indios; porque el mestizo era y fué en todo tiempo el opresor cierto del indio, á quien vejaba y perseguía siempre que estuvo en su mano hacerlo á su salvo. (8) Lorenzo Bernal de Mercado, á quien los araucanos llamaron *Martin Campo*, entendiendo así el título de *Mestre de Campo* que le daban los españoles guerrero en la conquista de Chile, bajo D García Hurtado de Mendoza, con gran denuesto. Con decir que se distinguía entre

Aquellos españoles estrafalados que á la cerviz de Arauco no demandan Pusieron duro yugo en la espada.

dicho está cuánta sería la intrepidez y pujanza de este soldado. Estaba dotado de una fuerza extraordinaria, verdaderamente hercúlea, que sabía utilizar largamente con destreza suma, á pie ó á caballo, cualidades que, unidas á aquel temperamento tan común en sus compaños, le llegaron á hacerlo verdaderamente espantoso á los ojos de los indios. En sus combates con araucanos que le daban el nombre de *su campamento*, echaba

ban á huir desasoberadamente, como si ya cayese sobre ellos y les acuchillase y tajase de arriba abajo por la espalda.

Temblaban al oír pronunciar su nombre. Las madres, para asustar á sus hijos, les decían: *¡Ahí viene Martin Campo!* anunciándoles con ello una especie de monstruo espantoso que fuera á tragarlos vivos, á la manera del cuco de nuestras gentes.

Bernal, con todo, se vió en cierta ocasión expuesto á perecer asediado en una casa fuerte del valle de Arauco que defendía con noventa españoles contra innumerable ejército. La fortuna había favorecido á los araucanos, que causaron grande estrago y desolación en los españoles de la comarca.

Sabido es que los conquistadores acostumbraban abarcar con su audacia y esfuerzo incontrastable todo el ámbito de las tierras que tomaran á cargo reducir al dominio de la corona de Castilla, fundando ciudades y estableciendo en las fuertes guarnecidas unas y otras con escaso número de hombres, y tan distantes entre sí, que en caso de apuro era de todo punto imposible que se prestasen socorro alguno. Mas en aquellos españoles, á medida del peligro crecía la arrogancia.

Un día presentóse delante de la fortaleza el cacique Colocolo acompañado de tres mil combatientes, manifestando intención de hablar con el jefe de los sitiados. Ostentaban dos cabezas de cristianos en sendas lanzas. Asómose Bernal á lo alto del fuerte, y preguntó á Colocolo cuyas eran aquellas cabezas. Respondióle el indio (que empuñaba una de las lanzas) que aquellas cabezas eran de los jefes principales de los españoles, á los que habían desbaratado y muerto, sin dejar uno solo con vida. Replicó Bernal, que él ya lo sabía; pero que los que allí estaban con él eran bastantes para conservar sujeta la tierra y propagar en ella la generación española: ¿Con qué mujeres, preguntó Colocolo, pues ninguna tenéis con vosotros en este fuerte? Con las vuestras, repuso Bernal, en las cuales tendremos hijos que serán vuestros amos. Emudeció el indio. Arrojó al muro del fuerte su lanza con la cabeza del español, y bajando la suya, fuese retirando confuso y pensativo. (9)

Hasta los posteros años del siglo decimono, el mestizo arremetió implacable contra el indio, hundiendo en su pecho con furia la enrojecida lanza, al rabioso grito de *muere, perro!* Terriblemente profética en verdad fué la respuesta que dió Bernal á Colocolo en el valle de Arauco.

DANIEL GRANADA

Aspasia

En el fondo la plegaria de la vida... Aspasia, á la escuadra de la frente... Entre el mar de sus rizos perennados:

Pedro María de Sotera. *Crisis del Reino de Chile.*

El Sol que ya se aleja al Occidente Su luz no filtra en el retrete umbrío, Y en la tenue penumbra Que va arrojando en el diván la sombra Como ala crespas que al bajar alumbra Con vislumbros cambiantes el vacío, El caballo de Aspasia en aureo ríoc Al nido cae de la opulenta alfombra.

Como su cutis de canela aduna Nieve, aroma, reflejo y florescencia, Parece que en su sien va la lavenderia Quebrando en besos, su fulgor de luna... Se ha dormido; el desvel de los amores Quiébra bate las alas rumberosas Y baja á coronarla con las flores De su mágico tul de calderosas.

Un brazalete suelto Cuelga del nícar de su brazo esbelto, Al tallo espera el cofre caído; Del pbrotero esculturas, henchido, Vuella en espirala la sutil fragancia, Y el nupcial de los sueños en la estancia Que su red entre la sombra húndido... ¡Qué anhelos extraña y elocente Forman, sombreado de su tez las rosas, Sus pastas, como ébano lucente, Con el límpido mármol de su frente Velado entre caricias luminosas. La envidiosa Fréný; gozá á no tuvo Más blanca cura el escorzo de su cuello, Ni en la diadema de sus bucles hubo Tanta luz condensada en un destello. Préstale al cuadro la visión de un nido, Velado en la penumbra de las frondas, El seno, que al vaivén de su latido, Oscila como un cisne entre dos ondas.

Hasta el abierto cortinado de seda Liega el ala del cóffro, que resaca Entre las hojas del cércano monte, Y en sus acordes límpidos remeda Los yambos de la lira de Anacreonte... Como la letanía en su imperial desvelo Del torso eúrneo y palpitante, muere La orgulda copa cincelada en nieve. La ola de su brial se ha recogido, Y asoman de la falda entre las olas, Dos pies, que como trémanas corolas, Se besan al chocar sin hacer ruido... Va cayendo la noche en el boscaje; El joto exhala su perfume santo, Y allí, sobre la mar que onta en un canto, Se va hundiendo entre bromas el paisaje... Tiene la griega en su turgente carálida La piel de un manto, que en ligero alfilerío Baja á cubrir con sideral gualdimá. La lluvia ingente de su pelo rubio, Al verla en su nostalgia de asfodelo, Del sereno opresa en los amantes labios.

En la creca, de la sombra bajo el velo, En el seno del amor, en cuyos brazos Se alumbra la ilusión soñando un cielo... El leñador de la bella Que se quita el desdorado gorrión, Al verla en el seno de la luna, Que en el mundo de la luna se ve, Se alumbra en el seno de la luna, Que en el mundo de la luna se ve.

Fruta madura en que se vea... Y en la que tantos se rindan... Le ancedrera la sombra; Quéz imaginaba que una vez le mirara.

Ó acaba de soñar que una serpiente Á su busto de pórdio enroscada Destrozaba en su cólera encandada... Se acerca al lecho de cortina roja, La envuelve el ámbar en ignota nube, Enciendo el velador, la llama sube, Y parece vibrante mariposa Que va en busca de ala de un querube, Perdida en lontananza nebulosa.

Buenos Aires. PEDRO J. NAÓN.

EL PANUELO

Poco á poco, vistiéndome otra hormosura, Aquel ciclo de encanto y primavera Se puso negro, cual si lo lavadera Una idea poética y obscura.

Era como una lira la espesura Del bosque, y en la páldia tibia Padecía la tarde, cual si fuera Un perdon de suprema desventura.

Como las alas de un alición herido, Los remos de la barca del desvelo Azotaron el piéngio dermido.

Cayó la noche, y entre el mar y el cielo Quedó por mucho tiempo suspendido El silencio mudo de su patibulo.

Buenos Aires. LEOPOLDO LUGONES.

Las letanías de Eduardo Dubus

(PARAFRASIS)

Cofre que guarda por días Con la tentación del vicio Y que cuaja por rabies La sangre de algún necio... Salve, reina de las grías... Y también de la maldad.

Clara fuente en que se vea De la sed rudo impetu, Beso sagrado que vela Penetrar su hondo misterio, Salve, reina de las grías... Y también de la maldad.

Reca sobre el alma que... Que entre el dolor y el amor... Su maldad, que se vea... Y también de la maldad.

Fruta madura en que se vea... Y en la que tantos se rindan... Le ancedrera la sombra; Quéz imaginaba que una vez le mirara.

de Escritores y Artistas, dice que los habitantes del Uruguay son todos blancos, pues no hay indios ni mestizos en su número. El doctor don Juan Zorrilla de San Martín, Ministro del Uruguay en Madrid, en nota dirigida al Sr. Ministro de la Sociedad Antropológica Española con se explica de este modo (también existe en la fe de Uruguay) la unidad de la raza caucásica. Nada más oportuno para informar á Vd. con precisión al respecto, que la transcripción de los datos que nos ofrece el último censo de la población de Montevideo, capital de la República, levantado en 1891. El total de la población de la capital es de 215,011 habitantes, que se detallan así:

Personas blancas	212,411
negras	1,888
mulatas	1,000
mestizas	622

215,011

Debate de estas cifras, cuya proporción es opuesta á toda la República, que no tiene 1000 habitantes existen allí 98 personas blancas y 12 de color. La clase de gente que puebla la capital no puede tomarse como base para inferir de ella el resto de la nación. La masa de la población criolla hay que buscarla, no en un conjunto heterogéneo de moradores de todas naciones como Montevideo ó Buenos Aires, sino en la campaña y sus pueblos. Creemos no alejarnos mucho de la verdad y exactitud, calculando que 15 bajo, según á la trada anterior del Tablero, en el Uruguay hay 100,000 mestizos y parientes.

(1) Comentarías Reales del Virrey.

(2) Don Miguel Luis Amánquez, *Los Indios de la Independencia de Chile.*

(3) Don Juan de Solórzano, *Ritico Indiano* (ob. 2º, cap. 10, 2º, 2º y en otros lugares). Hoy mismo el mote no pasa de probar á los estrafalados, vicio de las palabras, que se les lavaba.

(4) Don Juan de Solórzano, *Ritico Indiano* (ob. 2º, cap. 10, 2º, 2º y en otros lugares). Hoy mismo el mote no pasa de probar á los estrafalados, vicio de las palabras, que se les lavaba.

Legislación y Fines de la Ley de Ind. Solórzano, Párr. 121.

Al postero de los sueños...
Salve, reina, a tu hermosura!
Salve, reina, a tu maldad!

ROSENDO VILLALOBOS.

Bolivia.

Presentación

Buenos Aires, Julio 30 de 1897.

Señor Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Mi amigo muy querido:

En allá en los tiempos de Santos, Carlos Traviés, José Chirapozu, yo y otros más, queríamos nuestros cartuchos de franco-tiradores en las filas de la oposición, desde las columnas de «El Deber» de luminada memoria. El círculo de nuestros lectores acaso superaba al del viejo diario oficial de la muy noble ciudad de San Felipe y Santiago, lo que dirá el señor las aperturas fin de mes a que se veía sometido el administrador para conseguir, si no con pesos, con razones patrióticas, la tolerancia quincenal de los atrasos consabidos, mientras un malaventurado secrete de Chirapozu, enderezado contra el gobierno bajo las formas menos equívocas, no vino a ser causa de nuestra bancarota periodística.

El monstruo de entoncez pues fué interpretado por un fantático católico-apostólico-romano, como ataque directo y sanguijario a la figura diáfana del Nazareno. No hubo más. Con igual falta de hemetropía, vieron los demás señores católicos-apostólicos, y aun hubo alguno que aseguró él darlo a León XIII. Los católicos-apostólicos-romanos se borrarón de golpe. Y en un santiamén nuestra fortaleza periodística quedó en escombros.

La suerte hizo después lo de siempre: nos dispersó. Pasaron así los años. ¡Muchos años! Un buen día—¿Qué es esto? ¿Usted por aquí?

—Ya lo ve, responde Chirapozu.

Había andado en compañía de su Musa, amante de la Naturaleza, burlando sensaciones en los eríos de luz de las auroras intertropicales; había contemplado, como en un sueño prodigioso, la selvítica hermosura de las Misiones, cuna de repúblicas por venir, donde la Araucanía brasileña abrió sus múltiples coronas decrecientes de la base a la altura; había visto desenvolverse en curvas fantásticas el centuplado río que los indios llaman Paraná y que algún día será llamado Río de las Azules; se había deleitado contemplando los castillos ideales que la fabulosa tarde surge en sus juegos de nubes, por encima de las regiones vírgenes, aun no manchadas por la pechucho insufragible de los hombres. Y de todo eso traía bosquejos, notas, sensaciones.

Realmente el Chaco, Misiones, la Cordillera, el Desierto, el País de los Onas, el Estrecho, con sus aristas de granito nevado, toda esta soberana Naturaleza, está pidiendo poetas, artistas, versos y pinceles. No el verso de los temerarios de la vida, ni el verso contorsivo como un...
Mientras tanto, yo iba a mi vida, como siempre, haciendo un trabajo que me daba un poco de dinero, y a veces un poco de fama. Pero me acordaba de usted y de su obra, y me acordaba de que yo también tenía que hacer algo.

manos las regiones que describe, porque no son ojos humanos los del patán que calcula la leña que le puede dar un árbol, ni los de aquellos que ante un desahucio de sierras sacan el lápiz y manipulan anticipadamente el provecho que puede venir de una concesión fiscal.

Pero hay algo más que recomiendo a Chirapozu: él, como usted, como yo, es de los que no se adaptan a todos los climas morales. Perteneció a nuestra generación, no malograda por la prematura iniciación en política, sino en muy pocos ejemplares de maleza. Perseveremos, amigo mío, en la lucha. Nos están encomendados los duros trabajos de Hércules. Miremos al Oriente, en tanto marcha al ocaso, revuelta en la confusión y el desenfreno, la generación que nos precede, y a la que no debemos ni grandes ejemplos, ni grandes enseñanzas, salvo, quizá, la luz de algún apóstol.
VICIOR ARREGUINE.

PAISAJE

(POSADAS, MISIONES ARGENTINAS)

Una tarde de octubre salí, mortificado por el calor, a buscar en algún rincón apartado y sombrío, el aire que en mi casa me faltaba.

Al amparo de las tapias, entre cuyas grietas los rayos de sol (1) asomaban con aire novelero sus cabezitas achatadas y sus ojillos brillantes, me deslizaba huyendo, al revés de ellos, de los dardos del astro victorioso. Donde las tapias se concluían, algún benévolo naranjo me prestaba todavía su hermosa sombra compacta, por la que casi no se veía un solo ojo de luz.

En el medio de las calles, llenas de pintorescos accidentes geográficos que, por cierto, están lejos de excitar mi crítica, como que, más bien, hacen mis delicias, el sol polvoreaba de oro la senda roja que, por lo común, las surca a lo largo, y agostaba las matas que llenan el espacio restante.

Un gran silencio, el silencio de las siestas misioneras, se alzaba de todos los ámbitos y los llenaba como si fuera, no la entidad negativa que se define por cesación del ruido, sino algo tan positivo como el ruido mismo. De vez en cuando pasaba bajo algún árbol en cuyas altas ramas una chicharra, con insolencia indigna de un pueblo culto, daba al aire su aturridora cavatina; pero, conforme me alejaba, el incómodo chirrido se debilitaba, esfumándose al fin en la calma solemne que de nuevo venía a rodearme, produciéndome tan pronto una sensación de consuelo como de vacío. Ya me sentía halagado porque ningún ruido, ni aun el de las hojas que mueve una débil brisa, hacía vibrar mis tímpanos fatigados; ya esa misma inercia de órganos siempre tan ocupados, me molestaba como si algo me faltara.

Mientras tanto, yo iba a mi vida, como siempre, haciendo un trabajo que me daba un poco de dinero, y a veces un poco de fama. Pero me acordaba de usted y de su obra, y me acordaba de que yo también tenía que hacer algo.

ca comunicación con la calle, presentaban al sol sus copas semiesféricas o óvulas. Tal cual cactus, con sus largas ramas extrañas, unidas entre sí como los miembros de un fantoche, me llamaba la atención por su tamaño desmesurado.

Y, entre tanto, siempre el mismo grandioso silencio, como si de repente todo hubiera enmudecido, todo hubiera muerto... menos el triunfante sol que, desde lo alto, me quemaba con su oro líquido cuando, en alguna bocanalle, me abandonaba a sus certeros disparos la sombra de los árboles o de las casas que ¡ay! enmudecaban bien poco.

En una de esas, llegué al Río, o más bien dicho a un punto de él: el cual se ve el Río en toda su anchura, en magnífico panorama. Me arrojé a una casa para guarecerme del sol, y miré.

Inmediatamente bajo mis pies, el talud de la última barranca cubierto de monte y salpicado a éste los techos de numerosos ranchos derramados sin simetría como los mismos árboles salvajes entre los cuales se hallan. Al pie de la barranca, el puerto, en cuya poco extendida playa se notaba escaso movimiento como conveniencia la hora... y al cuadro que estaba yo admirando, tanto más bello cuanto más primitivo y ajeno al esfuerzo humano. Algunos botes sin boteros, inmóviles y como dormitando ellos también; un vaporcito de cuyo nombre no quiero acordarme, y por fin el Río, el grande, el inmenso Río guaraní, que cruza cual reverberante tahalí de plata la República.

Allí estaba, en uno de sus mejores momentos. La superficie inmóvil y unida como la de un espejo, é inclinada de la opuesta orilla a ésta, tenía casi el mismo color del cielo, pero con los reflejos metálicos del agua. La gran masa líquida parecía, en aquella hora y desde la altura en que yo la contemplaba, un ruido bloque de mármol azul en que todo se reflejaba con limpidez absoluta; desde las blancas nubes que flotaban como ideales islas de un mar ideal, hasta la asimismo blanca velita de una pequeña barca, que cruzaba en ese instante hacia Posadas.

Coronando la barranca de suave pendiente, que parecía la verde prolongación del Río azul, mostrábase enfrente la poética «Villa», y dando idea de lo que eran tal vez las jesuitas reducciones. Más allá de las rojas casitas y los techos de paja descolorida, veía los cerros y montes lejanos que hacen soñar con nunca vistos paisajes, de esos que mentan los que han penetrado en las entrañas del ardiente Paraguay, luminoso y triste país, en cuyos bosques de yatayes «lora el urutú»; y, en tanto, corren los ríos fertilizantes, se elevan al cielo las selvas secas, y, en todas partes, revientan los sagrados óvulos que encierran los germenés de la vida.

Y por encima de todo, miran al Río de hito en hito desde el cenit, ó haciendo deslizar las copas de los árboles y las casitas lejanas, resplandecientes al cielo como una inmensa luz que ilumina todo, da en luz.

tos, en la playa amarilla y en la verde falda de la barranca, en todo lo que mis ojos descubrían, una inmensa é infinita paz, en el seno de la cual me sentía adormecer, poseído de la dicha inefable de vivir...

En aquel momento todo me impresionaba acariciándome, y yo amaba todo, no ya sólo con amor de artista, sino con amor deliciosamente voluptuoso, como que carecía de las ansiedades del deseo y no participaba de los sobresaltos de la posesión. Nadie me disputaba el disfrute de aquella visión magnífica y tranquila en que mi alma se reposaba. Mío era el vasto cuadro que ningún pintor, ni el más grande, pintaría; mío era, mientras en mis ojos y en el cielo hubiera luz.

Quería arrancarme de la exótica contemplación, pero hacerlo me parecía imperdonable falta, y una especie de temor de no volver a encontrar semejante ocasión tan contingente se la vida! coadyuvaba a retenerme.

Pasee una última mirada sobre el paisaje simplemente hermoso, y otra vez quedaron mis ojos como prendidos de él y bebiéndolo, como quien bebe un licor delicioso del que nunca se siente harto.

Forzoso a apurar el último trago, di la espalda al deslumbrante espectáculo y volví a mi casa, pensando en las maravillas que, tienen la fortuna de poseer los que nacen o viven en estas regiones en que, paralelamente a los grandes ríos de la tierra, corren desbordados por los aires inmensos ríos de luz.

JOSÉ CHIRAPOZU.

LOS MODERNISTAS

HENRIK IBSEN:

(Continuación)

Tal es Le tavad savage, un drama extraño, simbólico, cuya idea moral es acaso de las más atrevidas que presente el arte contemporáneo. Pero no es bueno extraño, simbólico y moral Solness el constructor.

Halvard Solness es un célebre constructor que ya está aburrido de fabricar casas y palacios para los hombres, y que, en medio de la paz de su hogar tranquilo, tiene vértigos de grandeza y sueña con una obra colosal, digna de su genio. Un día entra en su casa una joven—aquella misma Hilde Wangel que corazon rebelde y de espíritu fantástico que ya conocimos en La dama del mar—a la que él prometió hace diez años, cuando era pequeño, construirle un palacio para que fuera en él una reina. Solness ha olvidado esta promesa pueril; ella en cambio, una niña más hermosa que la reina, se acuerda de ella y quiere cumplirlo.

—¿Por qué? —interroga Hilde. —Por recordarme una cosa ya cumplida y que me parecía haber olvidado. Pero no he sido capaz de recordar nada que cosa po líta ser. Solness se levanta lentamente. —Me ha hecho un gran bien su venida. —¿De veras? —contesta Hilde, mirándole con mirada por fin humana. —Sí me sentía tan aburrido que me acordaba de usted y de su obra, y me acordaba de que yo también tenía que hacer algo. —¿Y qué es eso? —interroga Hilde. —¿Y me besó? —Sí, lo hice. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice.

El constructor se recuerda bien la entrevista que tuvo con Hilde hace diez años en Lissanger. Ella va ayudándole a reconstruir aquella historia de una extraña promesa, y de pronto, mirándole fijamente, le dice: —Vd. me tomó entre sus brazos y me besó, señor constructor Solness. —Yo! —exclama Solness, levantándose asombrado. —Sí, Vd. Me estreché con ambos brazos, me doblegué hacia atrás y me besó, me besó muchas veces. —¿Mi querida señorita Wangel! —¿Espero que no querrá Vd. negarlo? —¡Oh!, lo niego absolutamente! —¿Ah, sí? —dice ella, mirándolo irónicamente; y va a recostarse contra la estufa, donde permanece silenciosa y enojada. Solness se aproxima despacio a Hilde y la llama: —Señorita Wangel? Ella no le contesta. —No se esté Vd. así, inmóvil, como una estatua. —Y después, tocándole en el brazo: —Lo que acaba de contar debe haberlo soñado. Oiga Vd. ... Hilde hace un movimiento de impaciencia con el brazo. —Y sin embargo!... —exclama Solness como si una idea le saltara súbitamente. —Espere, espere... Aquí hay algo de misterioso... Hilde está siempre muda é inmóvil. Solness murmura a media voz. —Debo haber pensado todo esto. Debo haberlo querido; deseado. ¿Y no sería, entonces, por combinación...? Pero, sí! Entonces yo lo he hecho! —Hilde vuelve un poco la cabeza, y sin mirarlo: —¿Conque lo admite Vd. ahora? —pregunta. —Sí, todo lo que Vd. quiera. —¿Que me estreché entre sus brazos? —Sí. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice.

Hilde se encara entonces a él, radiante de alegría, y empieza a exigirle la construcción del reino prometido. Entretanto, Solness se ha sentado en una poltrona, y mientras la mira fijamente, una idea se va precisando entre las sombras de su cerebro. —Es extraño! —dice— Cuánto más lo pienso, tanto más me parece que este año me he torturado... —¿Por qué? —interroga Hilde. —Por recordarme una cosa ya cumplida y que me parecía haber olvidado. Pero no he sido capaz de recordar nada que cosa po líta ser. Solness se levanta lentamente. —Me ha hecho un gran bien su venida. —¿De veras? —contesta Hilde, mirándole con mirada por fin humana. —Sí me sentía tan aburrido que me acordaba de usted y de su obra, y me acordaba de que yo también tenía que hacer algo. —¿Y qué es eso? —interroga Hilde. —¿Y me besó? —Sí, lo hice. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice.

—No, no! La juventud es... la expiación. Ella marcha adelante, militando bajo una nueva bandera. Hilde se levanta a su vez, y con voz que tiembla. —¿Puedo serle útil en algo, constructor? —pregunta. —Oh! Ciertamente; ahora puede serme útil, porque Vd. misma, me parece, viene con una nueva bandera. Juventud contra juventud. Entonces Solness, bajo la mirada magnética de aquella mujer que parece la encarnación de su nimen, se siente renacer con la nueva savia que corre por sus venas, y en un minuto supremo tiene la visión de la obra colosal que escalará los cielos para mostrar al orbe asombrado la locura soberbia de su genio. Y la idea irradia en su cerebro, le deslumbra, le obsesiona, le embriaga sin darle un punto de reposo. Empieza la construcción de su torre, conmoviéndolo todo, sin volver la vista atrás, siempre arrastrado por una fuerza indómita y extraña. Por fin, la termina. —Hay, que subir a ella, a colgar la corona, —le dice Hilde, y él, que sufre horrorosamente el vértigo, no vacila tampoco. En medio de una multitud frenética, Halvard Solness empieza a escalar su torre gigante, y sube, sube siempre, sube más todavía. Ya está arriba, pero su espíritu de alucinado, desposado al espíritu de Hilde, quiere avanzar aún. Empieza entonces el ensueño, y ella, desde abajo, escucha los cantos del arpa divina que atraen a su constructor. ¡Oh! ¡Cuán grande es él ahora! ¡Al cabo le ve libre! Y los cantos célestes continúan allí arriba, besando la frente de Solness. El quiere subir más, comparecer ante el mismo Dios creador de los orbes, y en esta apoteosis triunfal de su alma soberbia, en este delirio supremo de su pensamiento de inspirado, su alma vuela más alto, abandona la misera envoltura carnal...

Un cuerpo ha caído de lo alto de la torre. Se oyen voces que dicen: —Está muerto el constructor. —Se ha destruido el cráneo. —Sí,—ruge Hilde, con salvaje ternura;— pero ha llegado a la cima y yo he sentido los cantos de allá arriba y los sonos del arpa... ¡Hau triunfado! Halvard Solness está libre por fin, libre de todos, de su esposa Aina, de la Juventud, de Ragnar Brovik, y puede desposarse en la muerte con Hilde, con el nena de su vida, con su eterna inspiración, para engendrar la independencia del genio y la personalidad humana.

También es en la muerte que encuentra su libertad Rosmer, y también es una mujer, Rebecca West, la que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le dio a su vida. Es Rebecca que le señala la vía que ha de llevarle a su triunfo. Míenras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra en un mundo de misterio. Es tan difícil su interrogación; busca, y encuentra que se ha perdido de su vida, una mujer que le

Nada pródigo del color y la luz, pero firme y severa en los lineamientos, no descompuestos nunca por la crispatura nerviosa de la emoción—mal grado la vehemencia con que el poeta siente y la verdad con que lo expresa—la forma poética, en este Simónides de una joven democracia, armoniza cumplidamente con la austeridad viril del contenido.—Noble y sonora siempre, caracterizada a menudo por el tono que indica la confusión de la lírica con la oratoria, reviste, con frecuencia también, la majestuosa amplitud del verso clásico: unas veces, remediando en el verso «las líneas puras de un mármol cincelado por Ictinius»; otras veces, tal como el verso clásico salió de las forjas de aquella audaz y batalladora poesía del siglo XVIII, que hizo descender a la lírica a la candente arena de la Revolución, remozando los acentos de Pindaro y la voz de Tirteo.

No se busque en sus versos el estudio curioso del pormenor, grato a artifices exquisitos; ni, entre los instrumentos propios de su arte, el diamante aguzado del lapidario. Búsquese la huella del recio martillo del escultor. Admírese la fuerza, la majestad, el toque amplio y seguro, «la locución caudalosa que se espacia de una a otra margen del endecasílabo,» para valerme de una frase de Ixart, y el rojo verbo pindárico que pone fuerza y luz, como de máquina de guerra, en el estilo.

Revelación exacta de la poética individualidad del autor será la vigorosa composición que luce al pie de estas líneas que terminamos, para quien desconozca los versos vibrantes de *Pentélica*.—En tierra americana, no sobran hoy quienes hagan resonar de tal modo la cuerda áspera del yambo.—Habrá quien diga que es porque pasaron ya las cosas mercedoras de la ira sagrada de los poetas en tierra americana?

JOSE ENRIQUE RODÓ.

PENTÉLICA

¡Cuántos de esos peñones solitarios que en el medio del mar, al mar refrenan, son hombros de gigantes de granito, gigantes que sin brazos ni cabezas descendieron al plácido profundo y tendiéndonos en pie sobre la arena oponen al embate de las olas sus retorcidos músculos de piedra!

Cuando sobre esos hombros se levanta un pensador, un genio, ó un poeta, la humanidad, como bajel sin rumbo, se deja conducir por la marea; y desde el punto en que asombrada y muda la negra sombra del peñón observa, escucha el formidable Apocalipsis del eterno San Juan de las Ideas!

En una estéril roca de las Cieladas, la voz secular de la epopeya hizo vibrar, estremeciendo, el mundo de las montañas que tembló en su cuna, y repite las estrofas de la epopeya.

El Águila de Francia no fué nunca de la sagrada Libertad emblema: amanzó a la tierra con su vuelo y con sus garras oprimió a la tierra. Pero después del tránsito de Aroala y del estrago de Marango y Jena, se refugió el Derecho en una roca, y el Águila, vencida y prisionera, dobló su cuello y escondió sus garras en el agrio peñón de Santa Helena.

Se viste de Arlequín el Despotismo; y cuando, ebria de champagne, Lutecia en el tálamo vil de Mesalina como lactante impura se espereza, sin dejar fatigada, que se deje el último lecho a quien se entregue, la voz de Hugo en Gilemessey es rayo, rayo de comprimidos anatemas, que al estallar en la ciudad inaudita, bajo un cielo sin sol, prende la hoguera en que la Historia arroja a los sayones andados a la espalda de los despoetas.

—¿ En qué rudo peñón, en qué arrecife, resonará la olímpica trompeta que canto las desgracias de la Patria, que de la Patria cante las proezas: vereses del heroico Guacacipiro, y glorias que en Bolívar se condensan?

¿ Que comunique al corazón dormido la fe que salva y el valor que eleva, y nos conduzca, del derecho armados, a estrangular el Águila extranjera que su inquietud fantasma, que su inquietud fantasma, rompe la genésica paz de nuestras selvas?

¿ Dónde el agrio peñón, de donde parte el rayo de las cóleras supremas que sobre el muro ennegrecido traze, con trágico reflejo, la entencia que interrumpe la fiesta babilonia, mientras el medo a la ciudad se acerca?

El eco de mi voz, en los espacios, se pierda cual la nota postrimera del cóndor que desciende de la cumbre al descargar sus iras la tormenta.

Despedimos al siglo, sin que el siglo, antes de feneceer, nos juzgue y crea dignos de acompañarlo hasta la tumba y del renombre excelso que nos lega.

Si al despertar mañana de este horrible sueño do repugnantes indolencias, la visión de la Patria á nuestros ojos, no abiertos todavía, se presenta con la tónica rota por las zarzas del obscuro camino que atraviesa, sin centro y sin corona, taciturna, pálido el rostro, la mirada incierta, y no hay quien á la Patria agonizante su cetro y su corona le devuelva, procuremos marcharnos con el siglo y seguir con él nuestra vergüenza!

ANDRÉS A. MATA

ACUARELA

Con reflejos de oro y nícar
Se hundió el Sol en el ocaso,
Y las nubes opalinas,
Como flamencos rosados,
En fantásticas bandadas
Por el cielo van flotando;
Y las tinieblas de la noche
Van cayendo por el campo,
Silenciosas van cayendo
Como paños funerarios,
Y la brisa pone quejas
Entre las ramas del árbol,
Mientras espeso en el aire
Los ecos tristes y lánguidos
Que surgen de las alturas
Del sombrío campanario.

Bajo las ramas de un sauce,
En las orillas del lago,
Está un joven pensativo
En éxtasis contemplando
Un grupo de blancos cisnes
Que se desliza despacio
Por la tersa superficie
Del melancólico lago.

Es un poeta que sueña.
El joven que está sentado
Bajo las ramas del sauce
En las orillas del lago;
Es un poeta que vive
En el mundo imaginario
Que su inquietud fantasma
En delirios se ha forjado.
En ese mundo sublime
Todo cubierto de astro,
Donde reina Primavera
Con su séquito encantado
De flores y de perfumes
Y de amores ignorados;
Donde se escuchan muy tierno
Da las almas el canto,
En ese mundo invisible
Donde sólo el poeta ha entrado.

Siguen cayendo las sombras
En silencio por el campo;
Agonizan débilmente
Los ecos del campanario:
Y con divinas quimeras
Sigue el poeta soñando.
Bajo las ramas de un sauce,
En las orillas del lago.

Buenos Aires.

EMILIO BERRISO.

CUESTIÓN GRAMATICAL

A Victor Pérez Petit.

Tiempo hace que me ocupo seriamente en observar nuestro movimiento literario, que es, por cierto, digno de preocupar á los hombres pensadores que no viven sólo de lo presente, sino que aspiran a vivir con el espíritu en el pasado y en lo por venir. El estado actual de nuestra literatura representa un progreso enorme, con relación á lo que fue hasta hace veinte años, y hoy cabe augurar días de gloria para la literatu-

ra nacional. La mayor conquista de nuestra época es la de haber conseguido que fuera de acá nos tengan en cuenta como *productores* intelectuales.

Se ha dicho que nuestro Reyles, si no es el primero, es de los primeros noveladores americanos; que Samuel Blixén es, en el género teatral, de los escritores de primera fila en América; que Víctor Pérez Petit, el eterno luchador contra los escritores de cabeza huera, es el crítico americano que mayor erudición ha aportado á la labor literaria, y de los primeros autores que han enarbolado en el nuevo mundo la bandera de los modernos principios; que Daniel Martínez Vigil ha dado entre nosotros la nota más alta en el arte divino de Demóstenes, y el que mejor ha sabido encerrar en estrofos magistrales el sublime pesimismo de Leopardi; que José Enrique Rodó es tal vez el crítico más amplio y ecléctico de nuestro tiempo, y el crítico de sensiblería más exquisita para apreciarlo bello; que Carlos Martínez Vigil puede estar orgulloso de poder poner al servicio de su perspicaz espíritu crítico, la luz de su sabiduría filológica; que Eduardo Ferreira ocupa distinguido puesto entre los nuevos críticos, por su sagacidad para la observación y su expresión sencilla, elegante y castiza, reveladora de su amor á la pureza clásica; que Guzmán Papini y Zas, sin haber llegado á la edad en que la inteligencia ofrece sus más sazonados frutos, tiene ya conquistada la popularidad que merece, por la originalidad de su poesía, que tiene á veces la cadencia de las dulces melodías de Beethoven y á veces la expresión épica de las originales armonías de Thalberg. . . . Y no sigo enumerando, aunque otros hay dignos de mención, porque no va encaminado mi propósito á hacer una lista completa de autores nacionales.

No. Lo que motiva este artículo es simplemente el deseo que tengo de reunir ciertas observaciones tomadas en diferentes épocas y de diversas publicaciones, acerca de lo que bien podemos llamar «el problema de los galicismos.» El tema me fué inspirado por este párrafo de Valera, que he leído en su crítica sobre la última obra de Reyles *El Extraño*.—«Y es lo singular que después de dadas más censuras y después del *mal efecto que me produce la multitud de insuflables galicismos que hay en «El Extraño», todavía persisto en ver en el autor muy notables prendas de novelista.»*—Más mal efecto me ha causado á mí el que digan eso de un autor nacional que me tenía y me tiene orgulloso. Esto es bueno para que se vayan curando en salud los que aun no han dado motivo para que un crítico de la talla de Valera les censure los galicismos.

Por acá se va popularizando mucho un crítico español, Leopoldo Alas, que es uno de los más castizos de los escritores españoles. Este crítico, que suele preocuparse con *con, no de, digan lo que quieran* . . . nuestros asuntos literarios, hace poco se ocupaba en *ten, no de, analizar ligeramente la literatura hispano-americana.* Dena que era de veras lamentable un fenómeno que por estos mundos se notaba. Recordando el nombre

del escritor chileno don Eduardo de la Barra, hacia notar que este señor (á quien creía uruguayo) es un sabio filólogo, que, sin embargo, cuando escribe se olvida de la gramática y antepone la palabra *recibí* á cualquier parte de la oración, siendo así que sólo debe usarse antes de los participios pasivos.

Mucho antes que *Clarín* hicieran esa observación por acá Calixto Oyuela, en su obra *Elementos de teoría literaria*; Riguera Montero, en su *Vindicación de la Gramática Castellana*; Faustino Laso, en su *Gramática*, y Washington P. Bermúdez, en algunas críticas.

Yo, que en el cronicón de mi memoria he ido tomando nota de todo eso, ya había observado que Reyles incurria, tal vez que otra, en galicismos; pero galicismos tales que son entre nosotros cosa común y corriente, siquiera á *Clarín* y Valera les parezcan insuflables. Pero, en mi sentir, es tan baladí la cuestión de los galicismos de Reyles relativamente á lo que él vale como novelista, que yo nunca me hubiera atrevido á ejercer de redentor á lo Valbuena, diciendo: «El señor Reyles no sabe que es incorrecto decir *no puedo menos que* . . . y por lo tanto su novela *Eba* es un adeseño. —Que así son los razonamientos artísticos del nunca bien ponderado don Antonio de Valbuena, quien, en la crítica que publicó respecto de *un número de la REVISTA NACIONAL*, dice: . . . «sigo una carta de Bernárdez á Martínez, *remitiéndole* unos versos.» Qué significado tendrá ahí ese gerundio? . . .

Yo siempre había confiado, en que la labor asidua y entusiástica de nuestros escritores modernos, iría depurando de galicismos y barbarismos nuestra literatura. Y no me había equivocado. Hoy escriben con perfección muchos á quienes yo alcancé á conocer gal-parlantes. Pero ya que la ocasión se ofrece, la aprovecho para decirles á los que, como Carlos Martínez Vigil poseen «el arte de expresar, correctamente sus pensamientos», que insinúen la idea del estudio de la gramática en los muchos que aun hoy se precian de muy *castizos* y comulgan á cada paso con cada galicismo como un templo.

Lo que más perjudicaba hasta hace poco la pureza de nuestro lenguaje era el no tener más *vida literaria* que la de los periódicos, la *prensa diaria*, á cuyas columnas recurría el escritor, no por rendir culto al arte, sino por *ganarse la vida, ó por hacer propaganda política.* Para ninguna de estas cosas es imprescindible el lenguaje castizo. No mediando el estímulo de la necesidad en esa parte, nuestros periódicos llegaron á ser, según la expresión de Oyuela, «*critra* y compendio» de cuantos vicios de dición y construcción se conocen. El desalino y la despreocupación con que escriben los galcilleros los «*suellos*» en que dan noticia de los sucesos del día, parece que se contagiarán á los redactores. Á cada paso veo noticias como estas: «*El día*» en la Cámara de Representantes. «*Fuero*» se *entrevista* con el Ministro A. El director de *La Razón*, que es hombre ilustradísimo, á

veces peca, como el señor de la Barra. Una vez le criticó Bernárdez esta expresión: «*Sólo el señor Idiarte Borda no se *aprovecha* de lo que está pasando* . . .» Otras veces, sin embargo, ha señalado errores en que otros incurran. En carta dirigida á Daniel Muñoz hablaba de asuntos gramaticales, y le decía: «*Tú, el más castizo de nuestros escritores, recibirás notas en que te llaman *grife* político con *g* en vez de *j*.*» Pues el señor Daniel Muñoz con ser muy ilustrado y discreto escritor, á veces, muy pocas por cierto, construye galicanamente algunas oraciones.

Sánchez Pérez, que es un bibliista, ha censurado muchas veces con rigor esto de que los escritores no conozcan ante todo la gramática. Pero á las veces estos críticos hacen distinciones con las que no podemos estar de acuerdo. Generalmente todo el rigor de la censura se gasta con un escritor novato, á quien se relega al desprecio, después de zaherirle con la *sátira* picante. In cambio al que ya ha conquistado título de *maestro* se le toleran algunos imperdonables defectos de lenguaje. Esto no debiera ser así. Al escritor que vale, cuando peca contra el idioma se le debe decir: «*V*, vale mucho, pero más valdría si escribiera con corrección.» Al escritor *incipiente* se le debe decir: «*V*, vale poco, y escribiendo incorrectamente, vale menos.»

Galdós es á veces incorrecto, pero tiene obras en las cuales el estilo, siempre primoroso, no adolece de la más mínima sombra de galicismos.

Campano, á pesar de que debe de haber leído á Hermsilla, que decía: «*Cuando alguien me pregunta: «*V*, de qué se ocupa? Yo le contesto: De nada. Yo me ocupo en tal cosa;» Campano, digo, en las últimas palabras de la *Advertencia* de su leyenda *El alma en pena*, dice que la cuestión que su leyenda encierra es digna «de que se ocupe de ella otra pluma,» etc. (?)*

Y en la cuarta división del segundo canto, dice:

«Y aunque hondamiento entrañables,
tal vez desapercibidas
lágraron, algunas lágrimas
por sus candidetes mejillas.»

Y el mismo Valera, en su novela hermosísima *Genio y figura*, . . . escribe esto en el capítulo XVI: «. . . introdujo al joven brasileño en el *confortable* y primoroso *boudoir*. . . .» Como se refiere á las condiciones que tiene el *boudoir* para confortar, debe decirse *confortante*, pues *confortable* sería el joven brasileño en tal caso.

Estas citas las hago con el propósito de demostrar que son justificables las faltas gramaticales en que incurrimos por acá, puesto que no se libran de pecar al literatos de tanta fama como Galdós y Campano, y el mismo Valera, quienes, por ser espíritus debieron constituirse más obligados que nosotros á escribir con sujeción á las gramaticales y preceptivas.

Segun Saldaña se puede leer: «*Está*» ocupado de *la vida*, como si se dijera: «*está*» ocupado por una idea.

que de soles caducos que fueron.—Amo la fuerza en el hombre, el orgullo en el hombre, la mesandumbre en la virilidad en el hombre.—Amo los dolores del hombre, las ambiciones del hombre, las virtudes y las locuras del hombre.—Amo el misterio divino, la sagrada fusión de los cuerpos y de las almas.—En la hora inefable, inmortal de los Sexos.—Amo el Bien con el hombre, la Democracia para el hombre, la Justicia sobre el hombre.—Amo por ti, por el otro, por todos, por mí mismo, amo siempre, eternamente y me basta!

ABRAHAM LÓPEZ-PENHA.

En los florones del camalote
Se ha marchitado la flor morada,
Y los valvenses de la cerriante
Columpián sólo sus hojas anchas.
De las gaviotas se ven las plumas
Vogar errantes sobre las aguas,
Y en el barranco las margaritas
Lucen su traje de despoasadas.

Cuando las sombras crepusculares
Cuelgan sus velos en mi ventana
Y mueren tristes en los jardines
Las azucenas de albaras castas,
El ave negra de las tristezas
Hace su nido dentro del alma,
Y tiende el vuelo mi pensamiento
A otras regiones con locas ansias.

GONZALO LARRIERA VARELA.

Fríos de otoño

A Gertrudis García Hamilton.

Caeñ arrrolladas las amarillas
Y muestias flores de las acacias,
Y en los jarrones de tus jardines
Tristes dormitan las rojas dalias.
No hay aleteos en los juncuales;
En los guayabos duermen las auraz;
Cubren el trébol de verdes hojas
Las filitantes gotas de escarcha.

Todo se muestra como la novia
De dulces ojos y veste blanca;
Hay en el cence de los arroyos
Trozos de nieblas immaculadas.
Ya balancean las madreselvas
Sus trepadoras desnudas ramas,
Y en los esteros de la laguna
Pliega el zancudo sus grandes alas.

Caeñ arrrolladas las amarillas
Y muestias flores de las acacias,
Y el ave negra, de las tristezas
Hace su nido dentro del alma.
En los rosales de tus jardines
Se han deshojado las rosas pálidas:
Es que la fría brisa de otoño
Sus terrosas nuestras acariciara.

Todo se muestra como la novia
De dulces ojos y veste pálida,
Y en sus murmullos las casuarinas
Remedian tristes cadencias de harpas;
Pero la alondra de mis ensueños,
La que en mi pecho perenne canta,
Tiene canciones desconocidas
Que arrullan siempre mis esperanzas.

Bajo la copa de los ombúes
No se oye el ritmo de la guitarra,
Que adorna amante la linda rubia
Con verdes ramos y cintas blancas;
Ya no modula la grata endecha
Que tiene arpegios de notas mágicas.
Porque la fría brisa de otoño
Sus finas enredas acariciara.

Entre el ramaje de la arboleda,
Los gruesos troncos de añosos castas
Parecen grises formas gigantes
Que el ángel frío las deshojara.
Ya no se escuchan las alas regias
De las gaviotas y las calandrias,
Ni hay aleteos en los juncuales,
Y en los guayabos duermen las auraz.

El ósculo de las nubes

PÁGINA DE ÁLBUM

Es de tarde, en el mes de julio, cuando a mis manos llega tu álbum de hojas con filetes de filigrana y cubiertas de terciopelo azul. Es éste el libro á que hiciste referencia cuando, con frase amable que llegó á mis oídos como un arpegio de ave canora, y mirada dulce que mi corazón recogió como la expresión sentimental de la poesía; éste es el libro, ó es una alcancía de cristal llena de verdades muy bellas y juicios color de rosa, donde debo depositar un pensamiento, escribir mis ideas, pasar acato al papel unos átomos de melancolía de los que siento en mi mente? ¡Cuán equivocada estás, amiga mía, al pensar que puedo yo ofrecerte algo medianamente satisfactorio para una persona como tú, que exige mucho! Pídemelo un momento de tristeza; puedo darte acibar del que ahoga mi alma, pero no ésas cosas apacibles que refresquen el espíritu, la miel que puede endulzar tus horas y la sonrisa ingenua que lleve á tus ojos una pícaro ráfaga de alegría de esas que acarician y no se ven. No debo brindarte un reportaje á mi corazón; pero en cambio quiero ofrecerte una página donde en fraternal consorcio se unan la realidad y el sueño, lo mundanal y lo celeste; te voy á dar un clisé, una miniatura grande, el ósculo de las nubes.

¿Has visto tú alguna vez, has observado con atención, el epílogo de un día de invierno, allá en el horizonte lejano, con las nubes rojizas, cuando el alma está aprisionada y no ve en derredor más que tristeza, melancolía, misticismo y adormecimiento de la Naturaleza? Es cuando que se representa con frecuencia en cuadros meses de frío, en esos instantes de la media luz, el de la coincidencia de los tibios rayos del Sol con la pintura nacarada que la luna emplea á determinar en regiones no tejadas, cubiertas de un velo de nieve, y techadas de hojas y de ampel, y las inmensitades cuánticas á quienes presta generosamente la luna, un color indefinido

en la superficie atornasolada, negra, gris, acorada y brillante.

Va terminando la tarde, y, cual si cruzaran acariciando á su paso, montañas de nieve, enfríanse las ráfagas, y los perfumes selváticos que ellas nos traen en primavera y en verano se han cansado, al parecer, de la marcha siempre juguetona de las auraz y han caído rendidos sobre la espesa, verde y poética frondosidad de los bosques. Á través de la decoración de las nubes, baja á ocultarse Febo, allá en Poniente, y nos parece que lo que entonces luce el horizonte no es más que el beso que las nubes imprimen á la tierra, en cuya amorosa manifestación permanecen así como extasiadas hasta que llega la noche, que con su luto cubre la escena esplendente del día de las nubes que tod el mundo presenció silencioso, como sorprendido, en la hora de la media luz.

LUIS A. THÉVENET.

Saio.

DERECHO ADMINISTRATIVO

(UN CAPÍTULO PARA EL « PRONTUARIO »
QUE SE PREPARA EN EL ACLA)

SUMARIO: Principios fundamentales del Derecho Administrativo; doctrina sobre los fines del Estado.—Diferentes clases de Administración.—Límites de la Administración Pública.—División de los Poderes.—Procedimiento Administrativo.—El territorio y la Administración.—Recursos de la Administración.

Dice Santamaría de Paredes: « La fijación de la línea divisoria entre el Derecho Administrativo y el Político es cuestión difícil, no sólo por ser siempre la de establecer los límites científicos, dadas la compenetración y gradación de matices de dos objetos que se relacionan, dificultad todavía mayor si se trata de la relación entre una ciencia y otra de la cual se deriva, sino porque además en el terreno de la vida pública son frecuentes las invasiones de la Constitución en la Administración, y viceversa, oscureciéndose sus verdaderas relaciones por circunstancias históricas. »

De esta exposición resulta que el Derecho Administrativo, considerado como ciencia, no es sino una rama del Derecho Político, que tomando caracteres propios de organización especial, dada su importancia, se ha separado de él para serle verdadero la parte de las ciencias sociales.

La ciencia administrativa, pues, como

Administración y el Derecho Administrativo, en el « Prontuario » de Carlos María de Cossío.

ciencia, reconoce principios que son la base característica de ella, y su fundamento; y teniendo en cuenta que nace del Derecho Político General, sus principios fundamentales habrá que buscarlos en la fuente de donde ella procede, en el Derecho Político.

Para el estudio de los principios fundamentales del Derecho Administrativo y sus consecuencias en las diferentes esferas donde se desarrolla su actividad, es necesario, ante todo, tener un criterio de apreciación sobre el origen y la naturaleza del Estado y el fin que éste está llamado á desempeñar, ó, lo que es lo mismo, cual es la misión del Estado en la sociedad; si son legítimas todas aquellas atribuciones que día á día y universalmente se manifiestan.

En cuanto á la necesidad del estudio del origen del Estado, dice el señor Catedrático Dr. Peña: « Hay sin duda gran interés científico en la investigación del origen del Estado, trayendo á contribución el vasto acervo histórico de nuestros días, no para construir una sociología empírica, sino para sorprender en toda su primitiva naturalidad la revelación de necesidades sociales y de funciones políticas con que se caracteriza, á través de los tiempos, la evolución de las sociedades en sus períodos de progreso, de crisis, de decadencia, de reacción-hacia nuevas estructuras, nuevas fuerzas y nuevas combinaciones. »

Aristóteles sentaba ya en la antigüedad su doctrina sobre el origen de la sociedad, como un hecho natural, instintivo del hombre de las primeras edades. Ella, contemporánea del hombre, supone, aunque en rudimentos, la existencia del poder centralizador del Estado, como factor indispensable del mantenimiento del agregado social, de la cohesión en las partes agrupadas, cuyo factor, dotado de una funcionalidad progresiva, ó como la llama Spencer *fuera directrix*, da origen al Estado moderno.

Pero si el gobierno es contemporáneo de la sociedad, es cierto también que está sometido á un desarrollo gradual; las funciones de simple seguridad, simples en las primeras épocas, se van extendiendo hasta la complejidad de las funciones de los gobiernos de nuestros días, marcando con este desarrollo el paso tardío, pero seguro de la civilización.

Dividido está el campo de los tratadistas sobre la determinación de cuál es la misión que el Estado está llamado á desempeñar en la sociedad; de si el conjunto de funciones contenidas en las constituciones políticas de los pueblos se justifican ante el Derecho, — es una palabra, de cuál es el fin del Estado.

Desde el socialismo radical; que á mi juicio, exageradamente pretende sustituir la actividad é iniciativa del individuo por la iniciativa y actividad del Estado, en bien de todos, según él, y asignándole un fin de dirección, donde básicamente tenga que desenvolverse, hasta el individualismo radical, que sólo reconoce en el Estado la simple misión de garantizar, orden en el seno de la sociedad armonizando los derechos del uno con los derechos del otro, en una pala-

bra, el estado-policía, todos se disputan la buena solución.

Todos están contestes en que la misión primera del Estado es la garantía del orden, y no pueden menos de reconocer que sin orden no puede haber sociedad, pues el hombre ve en ella el bienestar, el libre campo para el ejercicio de su derecho, en cuanto no esté en pugna con el de sus semejantes; es en ella donde puede desenvolverse compitiendo su desarrollo tanto físico como psíquico; pero donde no hay orden la sociedad es el peor de los males; mejor el aislamiento, pues en la soledad el hombre sólo lucha con la naturaleza teniendo aquí amplio medio de libre acción, aunque esté en lucha diaria con ella,—en la sociedad sin orden la lucha se duplica, el hombre tiene que luchar con el hombre y además con la naturaleza.

El ideal en esta materia es el Estado-policía, el Estado garantiendo el orden.

La práctica enseña que el desarrollo de la vida social no es sólo en una dirección fija, determinada; la vida social no es sólo *vida jurídica*, — como dice Bluntschli (cita del Dr. Peña); la vida social es vida jurídica y también económica, — y vemos á todos los países estar más ó menos lejos del ideal, pero muy lejos de alcanzarlo, pues la intervención del Estado se hace necesaria en lo relativo á la vida económica, pues sin esta intervención el estancamiento, principio de la aniquilación completa, se haría sentir bien pronto.

Y si no veamos lo que pasa; cuanto más nuevo es un país, más necesita de la ayuda del Estado. « Que sería sin ella de la economía nacional? « Estaría en manos del individuo que, impotente, se vería ahogado por el esfuerzo de los más viejos, de los más poderosos. »

« Pero á medida que el desarrollo de la vida económica adquiere marcadas proporciones, el Estado debe ir reduciendo su intromisión, procurando siempre la tendencia al ideal. Esto es lo que pasa en algunas naciones de gran poder económico, como Inglaterra y Estados Unidos, que han empezado por un marcado proteccionismo y hoy libre cambistas, el Estado no tiene ingerencia en muchas de las cuestiones económicas, como en los demás países. Y no otra cosa que el desarrollo económico es lo que puede hacer que se pase de un régimen á otro; é Inglaterra tan lo ha reconocido así, que en su territorio es libre cambista, pero á sus colonias, débiles aún, las tiene bajo el régimen protector. »

En fin, la solución en cuanto á los fines del Estado, depende: 1.º Cuando se encara la cuestión teóricamente, y 2.º cuando se la trata en la práctica, cuando la necesidad obliga á proceder de distinta manera que con los principios, cuando la actividad no se manifiesta por la impotencia del individuo; entonces es al Estado, que cuenta con medios más poderosos de acción, al que compete proteger el desenvolvimiento de la economía nacional, ya por medio de derechos proteccionistas arduos, ya por medio de leyes especiales de expropiación para obras ó servicios de utilidad pública,—aunque todos estos desbordes ultrapasen el fin ideal,

el fin primero, y algunas veces estén en oposición con él.

En sociología, pues, se tiene razón al considerar sólo policía y administrador de los bienes comunes al Estado, porque en Derecho Natural se buscan principios, teorías, ideales, mientras que las ciencias prácticas, adaptación de principios á las necesidades.

Donde quiera que exista gestión de intereses, aplicación de recursos ó medios, habrá administración. Así es que podemos decir sin temor de equivocarnos, que hay administración pública y privada, general y local, municipal, comunal, etc., según bajo el punto de vista que se la considere.

La Administración es, pues, inherente á una persona ó entidad, y se desenvuelve según su constitución dentro de límites fijos que proveen sobre las necesidades.

Los límites están fijados por la constitución política y son adaptables á las formas de gobierno de cada país; por la Constitución que á diferentes agregados les da unidad y coherencia.

Pero según las leyes de adaptación, la Constitución de los países debe adaptarse á su idiosincracia, porque la ley fundamental y en general las demás leyes, en la mayoría de los casos, son el espejo fiel de las costumbres, con tendencias más ó menos grandes de perfeccionamiento, de adelanto, de civilización. Y sino, que la ley no se adapte á la costumbre, que el desarrollo de la Administración no esté en armonía con la ley, y sucederá lo que sucede entre nosotros, y lo hace notar el doctor Peña: « nos encontramos con una Constitución escrita que contiene algunas declaraciones vagas sobre el gobierno y administración interior de los departamentos y con una verdadera organización municipal en Montevideo, que es sin duda obra de la necesidad, conquista del tiempo consagrada ya por la costumbre y en parte por la ley de una manera incontestable. » Y agrega el mismo doctor Peña: « La Constitución escrita no siempre rige de una manera igual y estricta la vida administrativa del Estado, porque la Administración por sus órganos y por su acción sólo conserva y perfecciona en el organismo político y constitucional todo lo que es compatible con los hábitos, los recursos, la capacidad y los ideales del pueblo. »

Nuestra Constitución, pues, para el adelanto de nuestro país de sesenta y siete años á esta parte, no está toda ella en consonancia con las necesidades del presente, no contiene ella los principios más nuevos de Administración política, necesita reforma, reforma adaptable á las nuevas fases de la administración; pero no es el tiempo de aconsejarla; hoy muy al contrario, cumplámosla como el principio más puro que ha podido conservarse incólume aun en medio de la vorágine más espantosa; cumplámosla tal como está, aunque se tenga que violentar el presente, hasta el fin de las grandes reivindicaciones, hasta el día que los ciñan años, en derredor de la gloriosa bandera azul y blanca que hoy flumea en las cuchilladas salpicadas por el sangre de los caídos de una y otra parte,

scribiéren sus odios de partido en aras de la patria; y, entonces, las asambleas, siendo la expresión de la voluntad soberana del pueblo, con los elementos más patriotas, más honorables, más competentes, tengan la autoridad necesaria para emprender la reforma y puedan darnos una buena fuente de Administración política y social.

Dijimos que el Estado es un conjunto orgánico. Como tal organismo, pues, está compuesto de órganos dotados de funcionalidad propia pero dependientes del sujeto; cada uno de ellos desarrollándose en distintas direcciones y con fines también propios y particulares, y como dice Meucci, « con conciencia de su identidad, de donde se desprende el sentimiento de su propia misión ».

Me refiero a la división de los Poderes. En los Estados ya desarrollados, donde el conjunto de facultades de acción no reside en una sola cabeza como en algunas tribus salvajes, tres son las funciones que manifestamente se presentan. Las unas de organización, determinando cuál es y hasta dónde llega la esfera del desenvolvimiento de las acciones; las otras encargadas del cumplimiento de los dictados anteriores, y por último las que determinan cuándo se ultrapasa el límite establecido.

Aristóteles había ya dividido las funciones del Estado en tres categorías, que correspondían a los tres poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial; y en efecto, donde quiera que exista un Estado, allí habrá estos tres poderes aunque, estén desempeñados por la misma persona y a primera vista no puedan distinguirse. Y no se diga que esta clasificación es incompleta por los que creen ver en el Municipio un cuarto poder; no: éste es un verdadero gobierno, con sus tres órganos correspondientes a los tres funciones de que hablamos, funciones que con las demás condiciones del Estado, harían de él un verdadero Estado.

Peró todos los poderes no proceden; el encargado del procedimiento administrativo el que inmediatamente está en contacto con la administración pública, procediendo de acuerdo con la Constitución y las leyes; el que aplica medios á fines, es el Poder Ejecutivo, formando diversos órganos de este poder la llamada Administración del Estado. Él es, pues, el encargado de cumplir los fines del Estado.

No es posible concebir al Estado sin sociedad y ésta sin territorio; de donde se deduce que el Estado asienta en el territorio; es allí donde ejerce sus facultades coercitivas. El es, pues, la *base física* del Estado, como la llaman los autores. Aun las tribus nómades tienen también su base física, allí donde dominan, aunque sea accidentalmente, allí donde tienen, su territorio.

El estudio del territorio es de capital importancia para el Derecho Administrativo, por cuanto él constituye por una parte el asiento de la sociedad, y en la mayoría de los casos el elemento más importante de su desenvolvimiento. El estudio de la base física del Estado, como la llaman los autores, aun las tribus nómades tienen también su base física, allí donde dominan, aunque sea accidentalmente, allí donde tienen, su territorio.

vida social; y por otra parte es indispensable su estudio, por ser él la fuente principal de los recursos sociales. Pero como no nos está encomendado el estudio de este punto, no hacemos más que indicarlo.

Asentado el Estado en su territorio, precisa medios de mantenimiento para existir y poder cumplir su misión; precisa recursos. Ellos le pueden ser proporcionados, ya, como dijimos antes, por su territorio, ya por la economía privada.

De aquí la relación entre el Derecho Administrativo con la Economía Política. La ciencia de las finanzas le da los principios y los medios para la adquisición de los recursos por medio del empréstito y el impuesto.

Peró la aplicación de los recursos ya no es Economía Política; es función de Administración, constituyendo la Economía Financiera ó Economía del Estado, y la cual « dará doctrinas sistemáticas que deben servir fundamentalmente de norma á la Administración del Estado de la misma manera que sucede con algunas doctrinas del Derecho Político ».

Donde quiera, pues, que se manifieste un servicio administrativo, allí intervienen los medios económicos. Sin éstos la prestación sería imposible.

Por último, y para terminar, diremos que el Estado es también sujeto económico. Al hablar sobre los fines del Estado vimos la ingerencia de éste en la economía privada, pero no hay que olvidar que él también tiene sus bienes propios en relación con los cuales se mantiene como el individuo con sus bienes privados.

ALBERTO GARD Y SANJUÁN.

Junio 2 de 1917.

POBLACIÓN

(Conclusión)

III

Refutación de la teoría de Malthus. Para refutar esta teoría, alteraremos el orden de la exposición, examinando en primer lugar el problema de las subsistencias, y en segundo término el de la población, que es más interesante.

Parte Malthus para sentar la ley de las subsistencias, del hecho de que el aumento de estas últimas depende del mejoramiento de la tierra. Ésta, como consecuencia del cultivo se agota, se hace menos productiva, y hay entonces necesidad de concederle descanso para recuperar las fuerzas gastadas.

En primer lugar, no es cierto que la única fuente de subsistencias sea la tierra. Olvidó Malthus á las otras industrias, que son también venenos de riqueza; no consideró lo que puede esperarse de los progresos de las ciencias, que han transformado los campos, de aquí el voto que envuolva la causa de los antiguos misterios y descubierta ante nuestra vista fuerzas desconocidas, cuya

maravillosa influencia no adivinó jamás la mente humana ni aun en sus momentos de delirio. Entre las fuerzas llamadas á ejercer mayor influencia sobre el problema propuesto por Malthus, se encuentran la física y la química. La cuestión económica de más importancia relacionada con la química, es, dice Berthelot, la de la fabricación de las materias alimenticias. Para demostrar lo que puede esperarse de la química dice: « Día llegará en que cada uno llevará para nutrirse su pequeña pastilla de materia azoada; su pequeño pan de materia grasa; su pequeño trozo de fécula, ó de azúcar; su pequeño frasco de especias aromáticas; todo esto fabricado económicamente, y en cantidades ingotables por nuestras fábricas; todo eso independiente de las estaciones irregulares, de la lluvia ó de la sequía, del calor que seca las plantas, ó de la helada, que destruye la esperanza de la fructificación; todo eso en fin exento de esos microbios patógenos, origen de las epidemias y enemigos de la vida humana. »

Entonces reinará sobre la tierra, como dice el mismo autor, la alegría de la legendaria edad de oro, no por las causas que hacían llamar dichosos aquellos siglos al personaje de Cervantes, sino por los esfuerzos del pensamiento humano, á quien le será difícil grabar en el frontispicio de la ciencia el famoso *ne plus ultra*, inscripto sobre las columnas levantadas por el héroe legendario.

De manera, pues, que podemos permanecer tranquilos en cuanto á la suerte de las generaciones de lo por venir. Con respecto á la presente es preciso tener en cuenta que las observaciones de Malthus sobre el agotamiento de la tierra son completamente erróneas, é hijas de los escasos conocimientos de su época. Es cierto que si se cultiva la tierra desconociendo las leyes naturales, aquella acaba por agotarse, pero no es menos verdadero que la agronomía ha salvado esos inconvenientes con la rotación de los cultivos, enseñando á no preparar sucesivamente en el mismo terreno dos cosechas del mismo vegetal. Además sabemos que por medio de los abonos, ya sean naturales ó artificiales, se devuelve á la tierra parte de su vitalidad perdida.

No debemos olvidar tampoco las regiones desconocidas que todavía esperan ser halladas por la planta civilizadora del hombre, desde las llanuras heladas envueltas en la penumbra de las noches eternas, hasta la bella extensión de la zona tórrida, que abre espontánea á los esfuerzos humanos su ardiente seno de mujer fecunda.

Terminaré la refutación de esta parte de la doctrina con las siguientes palabras de Leroy-Beaulieu, que demuestran que, en la actualidad, pasa todo lo contrario de lo previsto por Malthus: « La crisis agrícola y económica actual, es decir, la falta momentánea de equilibrio entre el consumo y la producción, la tendencia á un exceso de la oferta sobre la demanda, viene precisamente de que las subsistencias y materias diversas destinadas á los países civilizados, han aumentado mucho más rápidamente que la población de esos países. »

Entremos al estudio de la parte más dis-

cuida de la doctrina de Malthus. Al establecer su argumento por analogía olvidó que hay una diferencia fundamental entre el hombre, los demás animales y los vegetales, en cuanto al instinto de reproducción, el cual es, como es lógico, irresistible en los últimos, mientras que en el primero está sometido al dominio de la voluntad humana.

Es preciso agregar á esto la observación que se ha hecho, de que la potencia reproductora está en razón inversa de la inteligencia y de la fuerza con que cada especie resiste en la lucha por la existencia; lo que se explica teniendo en cuenta que á medida que el género humano se civiliza, surgen nuevas necesidades y satisfacciones, las cuales en concurrencia con el instinto de reproducción le quitan el predominio absoluto que ejerce en los hombres menos civilizados. Si observamos en nuestro mismo país, vemos que las familias que tienen menos hijos son las que viven en la opulencia, las que podrían alimentar sin inconvenientes una numerosa prole, mientras que las que dan mayor contingente á la población son las clases desheredadas, los oyentes predilectos del Maestro, que pasan su vida luchando con los obstáculos, casi insuperables, de los sufrimientos y de la miseria.

Carey sostiene que los grandes hombres tienen en general pocos hijos, lo que está de acuerdo con la tesis de Spencer, de que hay oposición entre el fenómeno de la procreación y el desenvolvimiento llevado al más alto grado de las facultades intelectuales.

De manera, pues, que al argumento por analogía de Malthus podemos oponer la tesis de Carey y Spencer, según la cual á medida que el hombre se civiliza va disminuyendo en potencia reproductora.

Apoya también Malthus su doctrina en observaciones estadísticas. Se ocupó, sobre todo, de la población de los Estados Unidos, pueblo en excepcionales condiciones para el aumento, y como resultado de sus estudios, sentó la famosa ley del doblamiento cada 25 años. Ahora bien, dice Leroy-Beaulieu: jamás los Estados Unidos han visto su población duplicarse, á consecuencia del *acrecentamiento vegetativo*, en un espacio de 25 años. Dejamos la palabra á la estadística. El primer censo general, que se levantó en el año 1790, arrojó la cantidad de 3,929, 827 habitantes, y el último, de 1890, 62,981,000. Si la población de los Estados Unidos, con arreglo á la ley de Malthus, hubiera doblado en cada período de 25 años, debiera ser, en el año 1890, de 62,877,232.

Como vemos, parece que se ha cumplido la ley de Malthus, con la exactitud, de que todavía la población ha aumentado más rápidamente de lo previsto por la citada ley.

Peró es preciso tener en cuenta que una cosa es el aumento de población de un país como resultado de su movimiento propio, y otra muy distinta el que deriva de la suma de los dos factores *acrecentamiento vegetativo* y *acrecentamiento por migración*. Y esto es precisamente lo que pasa en los Estados Unidos. Calculando en 2,300,000 de seres el número de inmigrantes llegados á los Estados Unidos desde el año 1790 á 1840, y

la decrecencia que han tenido en el suelo americano, encontramos que ese país como resultado de su *acrecentamiento vegetativo* no debería tener en 1840 sino 14,509,453 habitantes, en lugar de los 17,067,453 con que aparece en la estadística. Esos 14,509,453 representan, con relación al año 1790, un *acrecentamiento* de 10,639,729, aumento menor del que resultaría del cumplimiento de la progresión geométrica.

El censo del año 1850 da una población de 23,191,896. Si se deducen 6,720,000, correspondientes á la inmigración y á su decrecencia, quedan 16,471, 896, lo que no representa más que cuatro veces la población de 1790.

De manera, pues, que solamente en un período de 29 á 30 años, en las circunstancias más favorables, habría duplicado por *acrecentamiento vegetativo* la población de los Estados Unidos.

Si se observan los censos posteriores al año 1840, se ve que el *acrecentamiento vegetativo* disminuye. Desde el año 1840 á 1865, en la hipótesis de que la guerra de secesión no hubiera tenido lugar, el aumento de la población, en esos 25 años, no hubiera sido sino de 57,87 %, lo que exige 40 años para el doblamiento, y no 25, como decía Malthus.

El movimiento de la población en el período de 20 años, comprendido entre 1870 y 1890, demuestra todavía mejor la falsedad de la ley de Malthus.

En 1870 el censo da una población de 38,558,371; en 1890 se eleva á 62,981,000, aumentando en 20 años, 24,422,629. Peró estas cifras comprenden el *acrecentamiento vegetativo* y el *acrecentamiento por agregación*. Ahora bien, calculando en 12,000,000 el aumento por agregación, se encuentra que el *vegetativo* está representado, durante ese período, por 12,422,629.

Esta cifra comparada con la población de 1870 arroja una tasa de *acrecentamiento* de 31.68 %. Con arreglo á ella la población exigiría 60 años para duplicarse.

Por consiguiente, la estadística de los Estados Unidos demuestra que la población no se duplica con arreglo á la ley de Malthus, y al mismo tiempo que la tasa del *acrecentamiento* va disminuyendo paulatinamente. Y es bueno recordar que se trata de un país que está en condiciones muy favorables para el aumento de su población, con impuestos poco gravosos, sin las cargas que origina el servicio militar en la vieja Europa, con fuentes de recursos numerosas, y que contiene territorios limitados, donde el *yankee* manifiesta su espíritu de iniciativa haciendo surgir, en pocos días, ciudades populosas del seno de las praderas solitarias.

Del estudio estadístico de los países más poblados y civilizados, Inglaterra, Alemania, Bélgica, etc. sacamos las mismas conclusiones.

Peró nos podría decir algún discípulo de Malthus: Habéis demostrado que la población exige mucho más tiempo de lo que se presupone para nuestra doctrina; pero, ¿primero, no solamente bajó las necesidades físicas del maestro.

Á esto se contesta acabadamente, demost-

trando que el peligro para las sociedades actuales no está, como sostenía Malthus, en el excesivo aumento de la población, sino, por el contrario, en el estacionamiento ó disminución de la misma.

En Francia es donde mejor se puede estudiar ese fenómeno. De una tabla que publica Leroy-Beaulieu, tomo los siguientes datos, que prueban la disminución continua de la tasa media de la natalidad por 1000 habitantes:

1806—1815	81.31
1816—1820	81.25
1821—1825	82.01
1826—1830	82.44
1831—1835	82.38
1836—1840	82.30
1841—1845	82.42
1846—1850	83.57
1851—1855	83.57
1856—1860	82.87

Y es necesario observar que la natalidad francesa se sostiene actualmente algo, por la gran proporción de nacimientos ilegítimos, que compensa la gran disminución de los nacimientos legítimos. Esto se comprueba con los siguientes cifras: en el período de 1806 á 1815 hubo 60,000 nacimientos ilegítimos; en el período 1891—1893, 76,500. El número medio de nacimientos legítimos por matrimonio, en el período 1800—1805, fué de 4.24; y en el período 1890—1893 disminuyó á 2.77. En la estadística francesa se observa también que los departamentos más fecundos son los que conservan las costumbres patriarcales, mientras que los que menos favorecen el aumento son los más civilizados, aquellos donde los sentimientos democráticos están más extendidos.

Este descenso de la tasa de natalidad se nota, no solamente en Francia, sino también, aunque en grado menor, en los países que ocupan los primeros puestos en la escala de la civilización. En Bélgica bajó de 31.78, en 1881, á 28.92 en 1892; en Inglaterra de 35.9 por 1000 en el período 1874—1876, á 30.8 en 1889—1892. En Alemania fué 40.7 en el período 1871—1880; en 1890, 36.97; en 1891, 38.20, y en 1892, 36.90.

Comparando las estadísticas de los diversos Estados europeos, se ve la relación entre la tasa de la natalidad y la civilización. En primera línea con la tasa más elevada, 50 por 1000, figuran Rusia, Servia, Rumania y Hungría. En segundo lugar Italia, Austria y España; en tercero Inglaterra, Escocia, Noruega y Dinamarca; en cuarto, Suiza, Bélgica y Suecia; y en último término, con la tasa más baja, 20 á 25 por 1000, Francia é Irlanda. Este último país por causa de la emigración.

Así pues los estudios estadísticos demuestran que la verdadera ley de la población, para los pueblos civilizados, es muy diversa de la formulada por Malthus; que ella se traduce, dice Leroy-Beaulieu, « por la tendencia á una fecundidad decreciente. » Sentado esto, cuáles son las causas de la disminución de la natalidad en todos los países civilizados? De las observaciones estadísticas sacamos la conclusión, de que las causas van siendo más numerosas, y de que aumenta considerablemente la proporción de las uniones tardías. En Francia la proporción de hombres menores de 20 años, y de

20 á 25, casados, que fué en 1874, 25,98; en 1875, 26,00, bajó en 1890 á 25,52. En 1874 la proporción de las mujeres casadas menores de 20 años fué de 19,99; en 1875, 20,95, y en 1890, 19,55. Lo mismo pasa en Inglaterra. En 1874 la proporción de los hombres casados menores de 20 años fué 3,71, y 32,19 la de los mayores de 25 años. En 1892 la de los primeros quedó reducida á 1,93, y la de los segundos, á 4,02. Igual cosa ocurre con la edad de las mujeres.

Sabiendo que el máximo de fecundidad para la mujer corresponde al período de 18 á 20 años, y en el hombre de 25 á 26, se comprende fácilmente la influencia que los matrimonios tardíos ejercen sobre la disminución de la población.

Diversos factores contribuyen á retardar la edad de los matrimonios. La ambición democrática hace que todas las clases, aun las más humildes, ambicionen llegar á los altos puestos, y con ese fin la mayor parte de la juventud se dedica á las profesiones liberales, que exigen el sacrificio de la mejor parte de la vida para conseguir un título académico. Después de logrado son necesarios todavía algunos años para asegurar con el título los medios que reclaman el sostenimiento de una familia.

Sobre las clases opulentas influye el deseo de gozar de los infinitos placeres inventados por la civilización, el desborde de las pasiones, todo ese conjunto de ideas y sentimientos que han originado lo que llama Zola «gran perturbación de nuestra época, que se precipita tras de los gozos». Miran el matrimonio como un refugio donde descansarán de su vida tempestuosa, y lo contraen cuando el hastío los invade; cuando perdida toda energía sólo llevan al tálamo nupcial la masa muerta de sus organismos gastados.

Pero lo peor es que los matrimonios que se celebran van siendo cada día menos fecundos, que los esposos hacen todo lo posible para tener el menor número de hijos.

Sobre esta obra también la ambición democrática, haciendo que los esposos, con el objeto de elevar la fortuna de la familia, tengan pocos hijos, para evitar la subdivisión, entre muchos, de sus bienes. Por otra parte, antiguamente los hijos trabajaban desde la edad temprana, ayudando á sus padres á soportar las cargas de la familia. Hoy son exclusivamente gravosos; empiezan á trabajar más tarde; y son pocos los que entregan á sus padres la modesta retribución de su trabajo.

Resumiendo nuestra crítica á la doctrina de Malthus diremos: 1.º Que la ley de aumento de la población en proporción geométrica sólo es aplicable á los pueblos bárbaros ó primitivos; 2.º Que la verdadera ley de la población para los pueblos adelantados consiste en asegurar que la civilización tienda á disminuir la fecundidad de la especie.

IV

Ocupémonos ahora de la población de nuestra República. El país, como casi todos los de América, se encuentra en inmejorables condiciones para el aumento de la población, por su clima templado, por la

fertilidad del suelo y por su excepcional situación geográfica.

La emigración, que como dice Leroy-Beaulieu es una función esencial de todo pueblo sano, arroja de continuo á nuestras playas el exceso de población europea, que, sin provenir en las viejas naciones, busca en la virgen región de la América nuevos horizontes donde desarrollar sus actividades. Así se explica que, á pesar de las turbulencias inherentes á estas democracias incógnicas, como las llamó Lucio Vicente López, nuestra población haya aumentado, en los pocos años que llevamos de vida independiente, de una manera notable.

Para probar esto no contamos sino con dos censos generales practicados el primero, en el año 1852, durante el gobierno de Juan Francisco Giró, y el segundo en el año 1860, siendo Presidente Bernardo P. Berro, y con varios cálculos aproximados hechos por la Dirección de la Oficina de Estadística.

El Sr. Félix Azara, en sus viajes por la América del Sur en el año 1793, asignaba á la entonces Banda Oriental, 80.685 habitantes. En la época de la declaración de la independencia, año 1829, la República contaba con 74.000. El primer censo general levantado en 1852 lo daba, 151.989. El segundo, de 1860, arrojó, 229.480. Trece años después, en 1873, el Sr. D. Adolfo Vaillant calculó la población en 450.000. En 1874, otro cálculo del mismo señor día, 440.000. Dos años después, 1876, el mismo Sr. Vaillant calculó la población en 488.245. Posteriormente, desde el año 1873, la Dirección del Anuario Estadístico calcula anualmente la población; y según su último trabajo la República tuvo en el año 1895, 792.000.

Comparando esta cifra con la obtenida por el Sr. Vaillant en el año 1879, tenemos que la población de la República aumentó en el período 1879-1895, 354.555 habitantes, ó sea, un 80,90 %.

Recordando que, según la cifra adoptada por la Dirección del Anuario, la superficie de la República es de 186.920 k cuadrados, resulta que la densidad de la población fué, en el año 1895, de 4,24 habitantes por k cuadrado.

Cotejando nuestra densidad con la de otros estados americanos, tenemos que nos superan las Repúblicas del Salvador, Guatemala, Norte-América, Méjico y Costa-Rica; y que nuestra densidad es mayor de la correspondiente á las Repúblicas del Ecuador, Chile, Honduras, Nicaragua, Venezuela, Paraguay, Bolivia, Brasil y la Argentina.

La inmigración ha contribuido muchísimo á este aumento de la población. En los 19 años transcurridos desde 1877 á 1895 inclusive, entraron 240.862 inmigrantes, produciéndose sobre los emigrantes, que en ese lapso de tiempo fueron 150.132, un excedente á favor de los primeros de 90.730 individuos.

Se nota en las columnas del Anuario la relación entre la situación política y económica del país, y el movimiento migratorio.

El año en que entraron más inmigrantes fué el de 1889, caracterizado por un relativo bienestar político y por un movimiento extraordinario de los negocios, y la máxima disminución corresponde al año 1875, año en que el vergonzoso motín militar de enero derrocó al Presidente Constitucional doctor Ellauri, reemplazándolo con don Pedro Varela, á quien le tocó presidir el período espantoso conocido en nuestra historia con el nombre de *año terrible*.

Las naciones que dan mayor contingente á nuestra inmigración son: Italia, España, Brasil y Francia.

Ya tiene lugar en nuestro país el fenómeno observado por Leroy-Beaulieu en las naciones más adelantadas, sobre el retardado de la edad de celebración de los matrimonios. Basta considerar los siguientes cuadros.

Edad de los varones casados	Número en 1890	Número en 1896
De menos de 18 años	740	550
» 18 á 20 »	718	687
» 20 á 25 »	1606	1711
» 25 á 30 »	694	746

Edad de las mujeres casadas	Número en 1890	Número en 1896
De menos de 18 años	740	550
» 18 á 20 »	718	687
» 20 á 25 »	1606	1711
» 25 á 30 »	694	746

En cuanto á la natalidad, podemos estar satisfechos, puesto que el promedio anual de nacimientos, por 1000 habitantes, es de 38,13, tasa que califica Leroy-Beaulieu de muy elevada, y superior á la de Inglaterra, Escocia, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Bélgica, Grecia, Francia é Irlanda.

La proporción de los hijos legítimos ó ilegítimos en toda la República, en 1895; fué de 75,47 % de legítimos por 24,53 %, de ilegítimos. Obsérvese, lo que es de lamentar, el aumento de la natalidad ilegítima y la disminución de los nacimientos legítimos. En el año 1891 nacieron en toda la República 23.000 hijos legítimos y 5695 ilegítimos, y en el año 1895, 22.944 legítimos y 7459 ilegítimos.

La relación de las defunciones con la población de la República es de 15,88 por 1000 habitantes, proporción que comparada con la de otros países resulta la más baja de todas; por ejemplo, Chile da una proporción de 30 defunciones por 1000 habitantes; Costa-Rica, 23,8; Venezuela, 23,7; Francia, 23,8; Italia 29,1, é Inglaterra 21,4.

Hemos terminado nuestra conferencia. En el curso de ella creemos haber demostrado que, en lugar de exceder, debemos glorificar á las madres siempre fecundas. Nosotros, sobre todo, necesitamos atraer por todos los medios la corriente de emigración europea, sangría que vigoriza á las viejas sociedades, para desarrollar las industrias, formar el núcleo de una nacionalidad respetable, abrir nuevos rumbos á la actividad política, y en fin para realizar en las fértiles llanuras de nuestra República lo que llamaba el *barbudo de las cumbres* «la eterna comunión de las naciones».

JOSÉ SALGADO.